



Tres enfoques sobre la morada¹

I

La Casa por Cárcel

Por Norberto Insuasty Plaza²

No me referiré a la situación de aquellos condenados que han tenido el privilegio, por pertenecer a ciertas familias o a ciertos grupos en el poder, de “expiar” sus culpas en la tranquilidad de sus propias viviendas, tomadas éstas por cárcel, en lugar de hacerlo en los tenebrosos círculos del infierno institucional penitenciario colombiano, así se llamen cárceles modelo, o de alta seguridad.

Deseo referirme a la manera de habitar la casa de la inmensa mayoría de personas que vivimos en esos encerramientos urbanos atravesados por autopistas llamados *ciudades*, al malestar que seguramente alguna vez ha embargado a quienes han pasado, o aún pasan, gran parte de sus vidas, en esos habitáculos, más parecidos, por sus particulares diseños y condiciones, a cárceles que a casas.

¹ Con la publicación del artículo de Norberto Insuasty Plaza “La casa por cárcel” en el portal de Internet www.elabedul.net se suscitó un contrapunto conceptual con Francisco Cifuentes Toro y Camilo Ernesto Insuasty Cleves sobre el hábitat humano que aquí se publica con el título de Tres enfoques sobre la morada.

² Profesor titular de la Universidad Surcolombiana. Sociólogo. Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París.



Hasta cuando cumplí veinte años la naturaleza entró a su gusto por las ventanas de mi casa. En la casa de mi infancia, en los alrededores de Palmira, eran los naranjales, las palmas aceiteras con sus gavilanes, y, un poco más allá, los cultivos experimentales de maíz, soya, arroz, algodón, tomate y sorgo los que de lejos iluminaban la estancia. Posteriormente, en la casa de mi juventud, no muy lejos de la primera, en el Ingenio viejo de La Manuelita, fueron las gigantescas ceibas y samanes quienes saludaban mi despertar añadiendo un toque de desequilibrio al mar interior de los cañaduzales, verde en sosiego enmarcado a lo lejos por la impotencia de las cordilleras central y occidental. Con su clima excepcional y la inigualable calidad de sus tierras el Valle del Cauca inició, a mediados de la década del 40, su salto a la agricultura comercial. Después, y de repente, fue para mí la gran ciudad: Cali, Bogotá, Neiva, en donde la casa siempre fue un encerramiento sin horizonte natural a la vista, una especie de refugio y trinchera contra la agresión externa.

El subdesarrollo y la violencia nos lanzaron a todos por igual a asumir la casa por cárcel, en la ciudad y el campo, sin distinciones de estratos o de clases, autoencerrados ante los peligros de la calle. El subdesarrollo y la violencia nos cercenaron, también, la capacidad para experimentar el placer del habitar la querencia y hasta el buen gusto para embellecer la casa, ese nuestro rincón en el mundo.

De estas características generalizadas, ¡quien lo creyera!, no se escaparon los pobres ni los ricos, los tugurios ni los distintos barrios, populares o de *hi class*, clasificados todos en estratos, esa categoría con la que se jerarquizó socialmente el paisaje urbano



para establecer, con alguna equidad, tarifas diferenciadas para el pago de los servicios públicos, desde el estrato cero hasta los encofetados seis, siete y ocho.

La vivienda en el tugurio, bien se sabe, es una simple caja hecha de latas y cartones, nido de la promiscuidad, del hacinamiento, de la desprotección, de la mugre y de la desesperanza. En el año 2000 unas 1200 familias, como abejas en enjambre, constituían el tugurio urbano más extendido en la ciudad de Neiva, ciudad capital relativamente pequeña con 350.000 habitantes, curiosamente bautizado, tal vez por algún ácido sentido popular del humor, con el paradójico nombre de Panorama. En Bogotá, a pesar de los esfuerzos por mostrarla digna y embellecida, dos millones de menesterosos, no se con qué ilusión, desfilan en las noches en retorno a sus cuevas.

Candados, cercas, armas, verjas, rejas, alarmas, pitos, sirenas, ojos y contrafuertes en las puertas, celadores, perros guardianes, no simplemente penates caninos habitando con placer la estancia con sus amos, configuraron, a lo largo y ancho del país, toda una industria de la protección. Como en la soledad del Patriarca sobreviviendo a los siglos, cada noche de su largo otoño retirándose puntual al dormitorio del poder y asegurándose él mismo con cerrojos y contracerrojos, infranqueables en los laberintos del palacio, necesarias medidas para conciliar el sueño en medio de tantas acechanzas, igual nosotros, prisioneros todos en nuestras propias casas tomadas por cárcel.

Así nos fue otorgada, así nos fue construida, a la medida de nuestro ser empequeñecido en el mundo. Para la mayoría de la pobla-



ción colombiana siempre constituyó un privilegio obtener los medios mínimos necesarios para ser aceptado en un programa, público o privado, de vivienda popular. Por eso hasta experimentamos la alegría cuando, sin techo en el mundo de la gran ciudad, se nos otorgó esa caja de ladrillos y cemento, con techo y dos ventanas, para pagar por cuotas y con intereses bajos. Por esas ventanas aprendimos poco a poco a contemplar el desasosiego de lo urbano: cada nuevo día, otra casa igual, con techo y dos ventanas como horizonte, y una calle y un barrio extendiendo en la periferia el abrazo de la gran ciudad sobre todas las cosas.

Por eso, seguramente por contraste, siempre tuve la nostalgia de las casas que habité en mi niñez y en mi juventud, siempre abiertas al viento y rodeadas de silencio a las distancias naturales. Y mal me avine a la ciudad, y mal me avengo ahora a habitar el espacio que me tocó en suerte, comprado, otorgado, alquilado, no soñado por mi, y a reposar en mi hamaca cuando a pocos metros de la pared, en lo que ha quedado convertida la muralla y el foso de antiguos castillos, atruenan los motores, el alud, la creciente incontenible de buses, colectivos, motocicletas, taxis y vehículos particulares en lucha contra el tiempo, sin mengua ni calmas intermedias, entre las cinco de la mañana y las once de la noche. Ahora, a toda hora, es también el alud incontenible de la congoja humana, es el clamor por cualquier cosa de pordioseros y desadaptados, de la familia entera desplazada, de trabajadores informales, de vendedores ambulantes, de todo un ejercito de colombianos en rebusque dispuestos a no dejarse morir de hambre tocando a la puerta. De pronto, entreverados con ellos, alguien de buena fe te invita a reposar tu alma en la paz perpetua de la con-



versión y te ofrece una cartilla. Mis perros, que no distinguen entre las intenciones de los merodeadores, acometen y alejan a los intrusos que invaden su territorio aligerándome así la triste tarea de decir “No, gracias, no me interesa esa salvación”.

Alterado mi ánimo en vela por la ciudad, reconozco que no soy capaz de mantener la capacidad anímica que en una situación parecida tuvo Gastón Bachelar en Paris cuando sus meditaciones de filósofo eran perturbadas por la furia de la calle, y para soportarla, se imaginaba que su casa era una nave de piedra segura navegando por la mar océano en medio de gigantescas olas, vientos y truenos sin tregua. Afortunadamente, él no tuvo que lidiar, además, con la marejada humana del hambre golpeando a su puerta, pues, ¡oh maravilla!, en Paris, la institución del “clochard”, antes que pedir, recibe, sobretodo comprensión y aceptación social, pues romantiza la miseria elevándola a distinción nacional.

Dice Bachelar: “Cuando el insomnio mal de los filósofos, aumenta con la nerviosidad debida a los ruidos de la ciudad, cuando en la plaza Maubert, ya tarde en la noche, los automóviles roncan, y el paso de los camiones me induce a maldecir mi destino citadino, encuentro paz viviendo las metáforas del océano. Se sabe que la ciudad es un mar ruidoso, se ha dicho muchas veces que París deja oír, en el centro de la noche, el murmullo incesante de la ola y las mareas. Entonces convierto esas imágenes manidas en una imagen sincera, una imagen que es mía como si la inventara yo mismo, según la dulce manía de creer que soy siempre el sujeto de lo que pienso. Si el rodar de los coches se hace más doloroso, me ingenio para encontrar en él la voz del trueno, de un trueno que me habla y me regaña. Y tengo compasión de mí mismo. ¡Ahí



estás, pobre filósofo, de nuevo en la tempestad, en las tempestades de la vida! Hago una ensoñación abstracto-concreta. Mi diván es una barca perdida sobre las ondas; ese silbido súbito, es el viento entre las velas. El aire furioso “claxonea” por todas partes. Y me digo a mí mismo para animarme: mira, tu esquife es sólido, estás seguro en tu barca de piedra. Duerme a pesar de la tempestad. Duerme en tu valor, feliz de ser un hombre asaltado por las olas. Y me duermo arrullado por los ruidos de París”.³.

Un ser humano debería tener la oportunidad, al menos una vez en su vida, de soñar, diseñar, elegir el lugar, y, finalmente, construir, si no la casa de sus sueños, al menos una casa posible en donde le sea permitido ensoñar. Lo anterior no significa que el acometimiento de esa tarea tenga que hacerla con sus propias manos y sin ayuda especializada. Pero la casa, como nuestro rincón en el mundo, no nos puede ser ya más impuesta ni vendida en serie por los comercializadores del metro cúbico construido de cemento.

Hacia el futuro las grandes ciudades tendrán que detener su marcha. La calidad de la vida, como mega proyecto cultural liquidará definitivamente la vivienda edificio, la vivienda apartamento, la vivienda caja de cemento. La contaminación ambiental y el ruido como su forma postmoderna será trabajo de arqueólogos e historiadores de la sociología. Con la desaparición de la pobreza y la disminución de la humanidad a cifras razonables mis penates podrán dormir en paz y de nuevo, tal vez, reencarne en la casa de mis sueños.

³ *La poética del espacio*. Fondo de Cultura Económica. Santafé de Bogotá, 1993, p. 59.



Ahora observo cómo dos pequeños gorriones están terminando de construir, entre los cactus del patio, un espléndido nido, sencillamente bello, con cúpula como techo y ventana oval al oriente.



II

La Morada Humana o la Dinámica de la Elevación

Por Camilo Ernesto Insuasty Cleves⁴

*Cuando veo el cielo que tú mismo hiciste,
y la luna y las estrellas que pusiste en él,
pienso:*

¿Qué es el hombre?

¿Qué es el ser humano?

I

En el bullicio de la ciudad, en su aglutinamiento y atropellamiento, la morada como el espacio de tranquilidad bien puede constituirse como objetivo loable y hasta fundamental. Pero bien diferente es el proyectar la morada como el ideal de la tranquilidad, esto es, separada del aglutinamiento y atropellamiento de las moles que, unas tras otras, hacen la urbe, la ciudad.

La tranquilidad, la quietud, la paz son sustantivos que acogen una realidad divina, suprahumana; pero no caracterizan ni pueden pretender caracterizar ese titánico esfuerzo de transformación humana que hace, de lo dado, materia para su mano. En tal sentido, la morada sólo puede ser espacio para una tranquilidad transitoria al interior de la ciudad. Por ello, de ver en la dimensión de la horizontalidad el acogimiento de la quietud, de la tranquilidad, la morada humana es, en esencia, verticalidad. Y esto es lo que aquí deseamos mostrar.

⁴ Filósofo, Universidad Nacional de Colombia. Profesor catedrático, Universidad Surcolombiana. Correo electrónico: ceinsuastyc@yahoo.com



II

Frente a Dios, el hombre es sorpresa. Sorpresa de creación. En el texto bíblico es evidente el contrapunto entre la creación y las creaciones, entre la singularidad que demarca lo terminado y la pluralidad que acoge lo proyectado, entre la materia –que es- y las formas –que, en tanto devenir, dejan de ser-. Entre el acto, que prescinde del medio y da –en salto sobre la nada- al todo, y el actuar, que –del todo- hace un continuo medio. Entre Dios –emblema de esa paz, fruto de lo concluido- y los hombres –remodeladores perennes de su conflictiva convivencia-.

En la Biblia es evidente que la creación humana, ese hacer de formas, sorprende a las voces divinas que, desde ella, entregan cantos sagrados a los hombres. Constata que no estamos, simplemente, en el universo. Y “no” porque los que canten sean humanos.

Sujetos al reto de la disposición de las manos (aquel elevarse y mantenerse erguido), estamos sobre el universo. Con el humano, la ortogonalidad es un reto que surge en lo dispuesto, otorgando realidad a ese devenir totalmente humano de lo *por alcanzar*. Entonces seis días no bastan, porque en lo *por alcanzar* subyace ese motor, esa idea –y posibilidad- de transgredir los límites, iniciando por el máximo de todos los límites: lo dispuesto por Dios.

Con nosotros, la elevación se ofrece al universo. Con nosotros, el universo es materia para el hacer de las manos. O, de acoger el simbolismo poético que enmarca la profundidad en los libros sagrados, éste, el universo, se nos ha dado como materia, como reto a la mano, y al término. No somos algo más. Tampoco semejanza. – De allí la fuerza de las voces divinas.

La irrupción del ser que se eleva hace –de lo creado en los seis días- arcilla en pos de las formas y de los términos. Con él, lo acabado no es más que materia que reclama la dinámica novedosa de las formas y de los soplos, palpitantes como luciérnagas, de los términos.



Presentes, la elevación surge como novedad en lo dispuesto y como sorpresa para quien ya alcanzaba el descanso. Entonces el canto divino se entona, y acompaña la elevación: insufla valor a quien debe estar sobre lo dado, a quien debe estar dispuesto a un más allá.

Entonces, cual reconocimiento inconsciente de la majestuosidad de las formas, de los proyectos, de aquellos jardines colgantes en Babilonia, de Babilonia, de aquella esfinge que abre los desiertos y custodia el camino de los muertos, del Cairo, de Abu Simbel – templo que trasforma el acantilado para adentrarse y conquistar la roca–, de Asuán y su granito rojo con el que se forja un mundo entero sagrado, entonces –digo– se contempla la profundidad del cielo, el misterio de la luna y las estrellas para recordarnos que aún podemos hacer mucho más con la materia, con lo dado, con lo dispuesto y terminado.

La sorpresa que da la creación humana es la de la promesa, es la de ser promesa. Es su inacabamiento, ese ser medio hacia lo no presente y hacia la majestuosidad del sentir estético. Tras las manos y los términos, el universo es arcilla en pos de las formas. O, con nosotros, el universo se ha hecho materia por la que toma sentido –su sentido- las manos, y los términos.

El naciente, rociando los cielos, avivará el ojo humano. El naciente, rojo, frente a Abu Simbel, nos detendrá: voltearemos el rostro y contemplaremos a los de piedra, iluminados, sentiremos la profundidad cavada a la roca, el genio para forjar el artificio, la determinación (el poder), que pagamos con sangre, para tomar el acantilado y hacerlo materia sujeto a la mano humana. Entonces volveremos a mirar el disco dorado, elevándose sobre su naciente, y con orgullo entonaremos al salmista:

*Cuando veo el cielo que tú mismo hiciste,
y la luna y las estrellas que pusiste en él,
pienso:
¿Qué es el hombre?
¿Qué es el ser humano?*



Entonces, en la línea de sombra, saliendo de las entrañas de la tierra, de pie y, seguramente, sintiendo –en el goce estético– el peso, el padecimiento de aquellos que, amarrados por el cuello –y en reto directo a nuestra altura–, forjan el calzado y elevaron la majestuosidad lítica de Abu Simbel, entonces vendrán palabras profundas de reto y dolor: conciencia de la materia, -¡salmista!

Con la morada, con el habitáculo, con ese, su recinto de sombras, su rincón, forjado por muros o columnas, es –el hombre- conciencia de la materia. Da las formas. O la forma, de ver en ella una ontología dinámica. Irrumpe en lo dispuesto, para hacer de los instantes un principio, un por hacer.

Con el hombre, ese universo de cielos, lunas y estrellas es sólo materia que desea ser constante novedad. A partir de aquella manera de lindar los horizontes resulta evidente que la forma y la altura es lo humano. Altura que se clama independiente de la horizontalidad en los espacios en que se alienta el valor, la astucia y majestuosidad de la criatura titánica: la morada humana

III

En la morada humana, el horizonte y la altura se retan, no confluyen. Ella no es síntesis de las dimensiones por el que el espacio se hace volumen. El hábitat humano es punto de bifurcaciones de los planos del volumen. En él están –separándose.

De entender el horizonte como el límite visual en donde se el cielo se une con la tierra, y la altura como la distancia abierta sobre la materia, podremos comprobar que aquellas dos dimensiones de la existencia generan (y concretan) disposiciones radicalmente opuestas del ánimo humano. Crean dos maneras de ser. Y si emular a Dios no hubiese sido un ideal, sólo la altura sería lo humano por antonomasia.



La horizontalidad es el regocijo por lo creado. La altura es la búsqueda de las creaciones. En este sentido es maravillosa la contradicción que acoge las abadías medioevales. Distantes de la ermita, son emblemas de elevación, de poder humano. Imagínese la abadía de Mont-Sant-Michel en Francia, acercándose a ella por la costa de Normandía, y tras vencer un mar gélido, no hay más que exaltación ante el poder humano: la roca, modelada por la mano, se eleva –conquistando- el cielo.

La horizontalidad requiere lo no poblado. Privilegia la materia no tocada por la mano. Es búsqueda de tranquilidad, de quietud. Mont-Sant-Michel es todo lo contrario: es agresiva, demarcante – si se me permite la expresión. La horizontalidad no es un elemento de lo social, disponerla exige el aislamiento, ya como ruptura definitiva con el otro, tal el eremita y el ermitaño, o como enmarque de un espacio en el que no entra ese otro, aunque, dado el caso, podemos gustosos deshacerla para salir al encuentro del otro. – Esta última es, a nuestro haber, una falsa horizontalidad, pues si bien huye de las moles que se elevan, más que el encuentro con lo no modelado, con la materia sin formas, con Dios, busca básicamente el no toparse con los despojos humanos.

Las dinámicas de elevación o profundización de la morada humana no pueden establecerse como resultado de la disyunción entre lo urbano o lo rural, si por rural captamos un enmarque natural al hábitat humano.

El hábitat humano no puede escoger entre la ausencia o presencia de cemento, entre los bloques escaladores de los cielos que encierran el horizonte obligándonos a tomar las alturas, o los balcones que, abiertos a los nacientes y ponientes, dan la quietud de la horizontalidad. Y no lo puede hacer porque la función de la creación humana es la del encerramiento, la marcación de límites – que alientan el ir, la trasgresión.

Las dinámicas de elevación (o profundización) de la morada humana no pueden establecerse en función a un paisaje natural del que el hombre hace mucho tiempo no forma parte.



Estamos convencidos que no es la horizontalidad, sino la altura lo que motiva al humano. Y, claro, altura es imposible sin encerramiento. Por ello es que en los ensayos hacia lo alto, la conquista de la caverna ha sido fundamental. Ella ha dado el arte a la transformación. Piénsese en los palacios de las estaciones subterráneas, hechas para los seres de tránsito, del metro de Moscú o en la majestad de las grutas graníticas de las de Estocolmo, y con ellas estaremos seguros de que el goce estético no depende del marco rural, dador de esa horizontalidad que nos aleja del hombre, de la técnica y la máquina.

Considero que la geometría del encerramiento es fundamental para producir las conquistas del hombre, en especial las que hacen referencia al arte. - ¿Para qué detenerse ante un Chagall o ante la Sagrada Familia de Gaudí si ante nosotros se ofrece los colores y las disposiciones de la naturaleza? ¿Para qué escuchar a Bach si nos rodea ese silencio unificador de la naturaleza?

III Teoría del nido

Por Francisco Cifuentes Toro⁵

El hombre pretencioso se ubica a sí mismo en el puesto más alto de las formas orgánicas de vida. He propuesto antes que la razón de ser de la especie humana es la creación de una forma superior de vida basada en el elemento siguiente al carbono en la tabla periódica –el chip silicio– que encarnaría a los monstruos mecánicos que suelen anticiparnos los autores de la ciencia ficción y que amenazan, según ellos, con someter al hombre a la esclavitud total. Juan Sanabria presentó una alternativa a esta propuesta comentando que con el desarrollo que se está dando del chip de carbono con la técnica de los diamantes artificiales, el hombre quedaría con ayuda de un chip de carbono frente al robot de silicio como el adalid de este elemento y que el reino vegetal prevalecerá sobre el mineral con este nuevo desarrollo de la inteligencia humana.

El hombre asimismo no puede renegar a su pasado animal, sus estructuras morfológicas más desarrolladas se han sobrepuesto a las de las especies antecesoras y así como una simple célula lleva encerrado la totalidad el código genético del individuo, en la parte profunda de su cerebro lleva también las estructuras de comportamiento codificadas por todas las especies anteriores.

¿Qué relación tiene esto con una simple mudanza forzada de un habitante ciudadano? El nido. De tiempo atrás me han intrigado los desechables con el cúmulo de talegos que cargan a su espalda en su peregrinaje constante por las calles de las urbes. Los he visto en todas las ciudades: grandes e intermedias; en el subdesarrollo y en la metrópoli. Me preguntaba si eso –cargar lo que para mí no es más que un montón de basura– era un patrón de la especie humana, o un producto de la evolución social generado por la urbanización.

⁵ Web master del portal de Internet www.elabedul.net



Por años rondó en mi cabeza esa pregunta y finalmente una mañana revisando una revista de psicología encontré la solución. Estaba leyendo un artículo de Robert Trotter⁶ que trataba sobre “La química de la compulsión” y los macro químicos que fluyen en el cerebro; estudia el autor cómo las personas se encadenan o condenan a la tarea obsesiva de revisar una y otra vez que las puertas estén cerradas, que las manos estén limpias. Se preguntaba el investigador ¿si esa emoción y ese comportamiento era humano (espiritual) o mecánico? Trotter, retando la historia sobre la forma de tratamiento a la compulsión que daba la psiquiatría, tomó el caso de Beth y con la propuesta de una nueva droga (anafranil) en cuestión de semanas y sin charlas adicionales con el paciente echaba por la borda los cientos de sesiones de psicoterapia durante años y curaba radicalmente los comportamientos compulsivos, demostrando que el fondo de este comportamiento neurótico era de origen mecánico en la bioquímica del cerebro.

En otra lectura posterior en un artículo sobre “los ríos de la recompensa”,⁷ se tocaban los temas del placer y los sentimientos, los mismos que nos elevan oyendo a Rashmaninov, apreciando una escultura o evocando un paisaje y llegaba el autor a conclusiones similares sobre la mecánica de los sentimientos. El alma es entonces un problema de químicos en la cabeza, es un problema mecánico. Pero yendo más allá, analizando las respuestas mecánicas, encontraba que las aves –constructoras de nidos y cuidadoras de la familia– tenían un comportamiento negligente con sus nidos y sus polluelos si les faltaba la hormona que llamaré *nestina*. Que por consiguiente el placer de construir el nido era una respuesta mecánica y su amor a los polluelos era una derivación de la concentración elevada de este fármaco en el cerebro.

Extático quedé en ese momento, porque la pregunta que me atormentaba sobre la conducta característica de los desechables encontró una respuesta coherente al fin.

⁶ En la revista Discover (junio de 1990).

⁷ Psychology Today, The rivers of reward. Perdí la copia del artículo y los datos del número pero es de fecha cercana a la anterior



El cerebro humano es redundante, es decir, como producto evolutivo contiene los elementos y las estructuras de las especies desde las cuales evolucionó y el ave es una de las etapas en este proceso. En la teoría –mía por supuesto– de los personajes estas estructuras tienen una inusitada actividad en el cerebro con dominancia sobre la mamífera, por eso estos comportamientos compulsivos de llevar consigo a donde se desplacen la esencia del nido personal.

Comencé frenéticamente a observar el nido propio que rodeaba mi entorno, y encontré, entre otros, arrumes de libros, hojas sueltas y cientos de fólderes. Todo con información tan irrelevante, todos con pocas esperanzas de ser reutilizados, que eran para el observador externo algo similar al contenido del costal del desechable –basura para él, tesoros para mí–. Encontré una explicación a la aversión que siento por las cajas de zapatos viejos e inservibles puestas debajo la cama. (El corazón del nido de los pobres).

Luego desplazé las observaciones nidales buscando entrar a las alcobas y sitios de trabajo de mis allegados y amigos y encontraba caracterizaciones sorprendentes que rápidamente me permitían destacar las particularidades de cada “nido”. “El reparador”, con sus innumerables cajas de tornillos y herramientas; “el devoto”, con su colección de santos e iconos; el escultor de bonsáis, con sus pedazos de ramas germinando, tiestos y tijeras. Todos ellos sin distinción, tenían en su entorno una expresión física de la actividad anormal de ese tejido cerebral avícola que llevamos en lo profundo y era claro que esta conducta es universal en el hombre; es el condicionamiento de la especie. La explicación del problema con los fardos de los desechables que me había intrigado desde siempre se explicaba por que en ellos la actividad de ese tejido es dominante sobre el del mamífero y por eso su conducta aparentemente disfuncional.

La casa, la morada, en esta teoría queda convertida en un receptáculo extenso del nido –un nido mayor– y por el carácter social que tiene normalmente el hombre que implica casi siempre la



convivencia con varios individuos este espacio, la casa es una suma de nidos individuales: el personal, el del cónyuge, los de los hijos en la familia y en muchas ocasiones, especialmente en el tercer mundo, el de los varios familiares y entenados que conviven bajo el mismo techo. De modo que las reflexiones del inquilino desplazado cuando se enfrenta a la alternativa de elegir el nuevo sitio de residencia deben centrarse en ese punto. Él está buscando un nuevo nido. De nada sirven las reminiscencias de los espacios abiertos y las evocaciones de las campiñas silenciosas donde trascurrió la infancia persiguiendo avispa y mariposas. La vida del ciudadano lo arrojó con sus huesos, en ese momento, en la selva de cemento a confrontar el problema de reconstruir el nido y en la forma urbana estará hecho con partes de barro cocido, hierro y concreto. Por eso se habla “del calor humano” y la “presencia” en los espacios habitados y la “frialidad” de las construcciones desnudas cuando objetivamente no hay razón para tal valoración; pero es así, porque los edificios vacíos no tienen el toque humano del nido que construye el morador.

Dejo para más tarde el debate sobre la ciudad, sus ruidos y la soledad del hombre en el mar de concreto que él ha construido. ¿Será acaso la ciudad, como colmena, una reverberación de la estructura cerebral más interna y más primitiva del insecto que hay dentro de nosotros? ¿Es el tráfigo de la actividad humana en la urbe un hormiguero de orden superior? Entonces queda el hombre-individuo atrapado en las estructuras neurales de su pasado evolutivo: determinado y condicionado por esa química que carga y arrastra en el nido de su alma.